

*Cuando se completaron los días en que iba a ser llevado al cielo, Jesús tomó la decisión de ir a Jerusalén. Y envió mensajeros delante de él. De camino, entraron en una aldea de samaritanos para hacer los preparativos. Pero no lo recibieron, porque su aspecto era el de uno que caminaba hacia Jerusalén. Al ver esto, Santiago y Juan, discípulos suyos, le dijeron: «Señor, ¿quieres que digamos que baje fuego del cielo que acabe con ellos?». Él se volvió y los regañó. Y se encaminaron hacia otra aldea.*

Hoy Jesús que nos enseña lecciones cruciales sobre el amor, la misericordia y el juicio.

Dice el evangelista que Jesús toma la decisión de ir a Jerusalén. No se trata de una decisión como muchas otras. Jesús sabe que ir a Jerusalén supone aceptar ser rechazado, humillado, calumniado, torturado, y finalmente, morir de la manera más horrible de entonces. Jesús ha aceptado totalmente la voluntad del Padre en toda su profundidad, porque lo que depende de ello depende la salvación del género humano. Es una decisión de profundo amor al Padre y a la humanidad caída. Como decimos en la Eucaristía: Cuerpo entregado, Sangre derramada.

La Palabra de Dios me pregunta: ¿sé aceptar la voluntad del Padre en todas las circunstancias de mi vida, como Jesús? ¿Pido sinceramente al Espíritu Santo la gracia de tomar la decisión, para conformarme al Corazón de Jesús? ¿Verdaderamente confío en mi Padre, me entrego a su voluntad, que es la colaboración que me pide para su plan salvador?

Y para Jesús empieza ya de algún modo su Pasión. Los samaritanos, un grupo con el que los judíos tenían conflictos históricos, rechazan a Jesús y a sus discípulos. Los discípulos, Santiago y Juan, reaccionan con ira y sugieren castigar a los samaritanos.

Sin embargo, Jesús tiene una respuesta diferente. Les reprende y les dice que no han entendido su misión. Él no ha venido a destruir vidas, sino a salvarlas. Este pasaje nos recuerda la importancia de la compasión y la misericordia incluso hacia aquellos que nos rechazan o difieren de nosotros.

Seguir al Señor no consiste solo en hacer lo que nos dice, sino en vivir como Él nos dice, como Él nos muestra con su ejemplo, compartiendo sus mismos sentimientos.

La esencia de la Eucaristía es Jesús mismo que se ofrece todo Él al Padre. Jesús nos invita a ser Eucaristía con Él. Si no nos transformamos en ofrenda viva con Cristo en cada Misa, la Eucaristía es solo un acto social de devoción, y no nos sirve para nada.

Pidamos a la Virgen María que nos dejemos transformar por el Espíritu para ser ofrenda viva con Cristo, para gloria de Dios y salvación de la humanidad.